

CARTAS ONIRICAS

En Barcelona, a 13 de octubre de 1928

Mi querido Julián: Me siento profundamente afligido por no haber encontrado el momento apropiado para contestar a tus cartas con la celeridad que mereces. Por eso, en primer lugar, permíteme que me disculpe ante tal torpeza. Sin embargo, te puedo asegurar con franqueza absoluta que jamás volverá a repetirse algo así mientras mis manos y mi estado de salud me lo permitan.

Por otra parte, espero de veras que tu estancia en Viena te esté proporcionando todo el conocimiento que siempre has buscado y que te ha llevado a los centros neurálgicos del psicoanálisis, esa ciencia que tan mal vista está por aquí. Ya sabes que en España la situación no es nada fácil debido a esas cuestiones políticas que tanta grima nos dan. Además, lo que en realidad me preocupa es que, en cualquier momento, la tensión que se respira por las calles nos pueda acabar arrastrando a una situación difícil. Por ello creo que quizás hicieras bien en quedarte allí y no volver, aunque para mí tal decisión sería un castigo, pues, amigo, necesito más que nunca de tus amplios conocimientos.

Sé que no hay excusa que pueda resarcir mi comportamiento al no continuar la comunicación entre ambos, pero necesito que sepas que llevo largo tiempo inmerso en un caso que trastorna mi sueño con frecuencia. Este ahoga mis esperanzas desde hace ya largas semanas en sudor frío y punzante, anunciando presagios terribles e infligiendo en mi salud un castigo que sin lugar a duda ha conseguido doblar mi alma de una manera que jamás hubiese imaginado.

No obstante, entendería perfectamente que hicieras lo propio y dejaras de lado nuestra amistad, pues, como he dicho, no he sido justo contigo, sobre todo tras no asistir a tu actual residencia aun sabiendo la poca fortuna que tuvo Estefanía al enfermar tan gravemente. Una excelente mujer, sin duda, que ha dejado un mundo en el que imagino te ves obligado a convivir con la más absoluta desesperanza que inmerecidamente te ha impuesto la vida. Además de todo ello, y por si el dolor de tu pérdida no fuera poco, has tenido que sostenerte con una desgracia aún mayor, al dejar huérfanos a tus tres queridos hijos, sin una madre que los eduque, que, como todo hombre conoce perfectamente, tan importante es para formar sus caracteres y personalidades de cara al futuro.

Pero, amigo mío, en esta carta no reside únicamente el interés por disculparme. En realidad, la cuestión por la que he decidido escribirte ahora no tiene tanto que ver con tu pesar. He de decirte que en nada me reconforta ese hecho, más bien, todo lo contrario. Créeme, que este asunto va mucho más allá de tus desgracias o las mías. Como grandes amigos que hemos sido y espero que sigamos siendo, quiero que sepas con total franqueza qué es lo que ha ocurrido para que finalmente haya decidido escribirte. Pues tu ayuda como erudito en el

psicoanálisis, cuestión que yo jamás he podido comprender, es sin lugar a duda lo único que puede ofrecer esperanza a este velo de oscuridad que tanto oprime mis pensamientos.

Entendería, por otro lado, que no contestaras a ella, ya que sería lo más comprensible y, si fuese esa tu decisión, en nada cambiaría mi amistad hacia ti.

Sin más preámbulos y con el deseo de que podamos reencontrarnos de nuevo, te hago llegar a través de esta carta lo que, para mí, como inspector de la Jefatura de Policía de Barcelona, se ha convertido en un caso que va más allá de la comprensión que tengo sobre este mundo. Esta investigación ha puesto en jaque todas aquellas creencias que creía inamovibles. Así pues, te explico a continuación una historia llena de misterios en la que espero puedas ayudarme, dejando a un lado, si es posible, el rencor que quizás albergues hacia mí, por culpa de una obsesión que ha transitado en mi mente noche tras noche y que está destruyendo mi alma día a día. Una obsesión, por otro lado, que me impidió ver con claridad que tú eras la prioridad.

Verás, todo aquel turbio asunto comenzó en junio, exactamente el once, cuando recibimos en la jefatura la noticia de un posible suicidio. Recuerdo con la exactitud de un reloj suizo que, aun sin moverme de la silla, sudaba exageradamente en aquel cálido y húmedo lunes. Mario, un joven que recién había llegado de Huesca y que se había incorporado a la jefatura de Barcelona con muchas ganas de aportar, insufló de nuevo en mí esa vitalidad que había perdido hacía tiempo, reemplazando a mi antiguo compañero en el peor momento que, sin lugar a duda, podía hacerlo. Ese hombre joven y de rasgos armoniosos me fue asignado aquella misma semana tras la jubilación de Ramón, el que hasta la fecha había convivido conmigo en todo tipo de asuntos y que tú llegaste a conocer meridianamente bien. Todo se desató a primera hora de la tarde, cuando mi joven compañero atendió una llamada que nos alertaba de un incidente, el cual significaría el inicio de una pesadilla de la que todavía hoy no he podido despertar.

Tras el aviso, nos desplazamos hasta la zona de los hechos, en el Eixample, en el número seis de la calle Aragón. Al entrar en aquel edificio y tras rebasar la gran puerta forjada en hierro, mis sensaciones ya no fueron nada buenas, a pesar de que aquel vestíbulo monumental nos introdujera en un espacio luminoso y amplio. Un sinfín de fastidiosos y zumbones moscardones se agruparon alrededor de nuestras cabezas mientras los fedoras nos protegían de sus finas y sucias patas, al mismo tiempo que el portero de la garita nos analizaba con esos grandes ojos de lechuza como si fuésemos a infringir alguna norma del edificio.

Mientras nos dirigíamos hacia las escaleras, un olor que recordaba a moho se adentró en mis fosas nasales, produciendo un malestar que no hacía más que crecer, advirtiéndome que una incomprensible oscuridad se ceñía sobre nosotros a cada paso que dábamos. No me equivoqué en lo más mínimo, pues al llegar al quinto piso después de subir innumerables escalones tras convencer a Mario de lo peligroso que eran los ascensores, ya sin fuerzas y con la falta de aire debido a mi sobrepeso, pude ver lo que aquella vivienda nos ofrecía.

Una pareja de compañeros que nos esperaba en la entrada de esta nos guio hasta una habitación donde nos dieron paso hacia el lugar más terrible en el que podíamos adentrarnos. Jamás olvidaré el rostro de ambos al recibirnos y el silencio que se produjo mientras seguimos sus pasos acompañados del humo de sus cigarros tambaleantes. Puedo asegurarte y creo que me conoces lo suficiente como para saber que no me asusto con facilidad, pero lo que vi allí fue algo que distaba mucho de ser algo racional y entendible para cualquier ser humano. En aquel momento comprendí perfectamente por qué aquellos hombres habían palidecido de esa manera, perdonándoles, por otro lado, que nos dejaran a ambos solos en aquel estudio lúgubre y sombrío.

Ante nosotros se encontraba un individuo de mediana edad que al parecer se había ahorcado. Estaba colgado por el cuello de una lámpara que había cedido ligeramente. La tensión entre ambos extremos se producía a través de una cuerda de color rojo, balanceándose esta a modo de péndulo debido a la ligera brisa que entraba por la ventana entreabierta. Su expresión era aberrante, ya que sus pómulos se encontraban cubiertos de una gran cantidad de sangre que sin lugar a duda había surgido de sus cuencas. Desprovisto de ojos, su rostro radiaba inexpresión e inhumanidad. Sus pies estaban desnudos y junto a una silla Thonet, que se encontraba volcada bajo el hombre, había unos zapatos dispuestos meticulosamente. Fue entonces cuando me acerqué a ellos y mi corazón se disparó mientras un escalofrío me recorría la espina dorsal. Dentro de cada uno de esos mocasines se encontraba un ojo de aquel pobre desdichado. Tuve que alejarme unos pasos y darme la vuelta mientras intentaba controlar la respiración, pues no quería que mi joven compañero se llevase una impresión errónea de mí, así que tragué saliva, saqué mi pitillera, me encendí un cigarro y, tras darle varias caladas, me introduje en un personaje seguro de sí mismo. Ciertamente es que no fue consciente de mi debilidad, ya que se encontraba inexplicablemente absorto en un cuadro en el que yo no había reparado, el cual colgaba de una de las paredes de aquel dantesco escenario.

En aquel lugar, además de la silla Thonet, había unos estantes con libros, una mesa y una butaca. Esta última, incomprensiblemente, miraba hacia la pared, donde se encontraba aquella pieza que parecía albergar un arte oscuro y desconocido. Era en ese tabique, justo delante de la butaca, donde la pintura de un ser demoníaco que ocupaba el centro de un fondo azabache transmitía a través de su color reptiliano un hechizante encantamiento que parecía adueñarse de mí sutilmente. Fue entonces cuando creí escuchar una melodía que surgía de su interior, la cual me envolvió en un temor que jamás antes había experimentado. Mario seguía hipnotizado por aquella obra y, tras observarlo detenidamente unos instantes, decidí zarandearlo para que volviera en sí.

Créeme si te digo que mis llamadas en un inicio no pudieron despertarlo del ensimismamiento en el que estaba inmerso. ¿Y sabes qué? Tras hablarlo algo más tarde con él, me explicó que, al igual que yo, también había escuchado aquella melodía siniestra y disonante. Así que no pudo evitar sentir una atracción de la cual no fue capaz de escapar hasta que yo le obligué insistentemente a ello.

Minutos después, tras esa hipnótica elipsis, ya totalmente centrados en el motivo de nuestra presencia, inspeccionamos minuciosamente el cadáver a pesar de que todavía no había llegado el juez de instrucción. Encontramos una llave en uno de los bolsillos de su pantalón y, tras analizar detenidamente el entorno con atención, vimos algo sumamente importante. En el único cajón de la mesa de aquel estudio que tenía una cerradura y que pudimos abrir con esa llave, descubrimos, entre otras cosas, una especie de cuaderno forrado en una piel verdosa, la cual parecía, sin duda, pertenecer a la de un reptil donde sus hojas estaban llenas de frases incomprensibles para mentes como las nuestras. En ese cuaderno firmado por un tal Sarrot, al parecer, estaban desarrollados ocho pasos imprescindibles para poder traspasar el umbral verde. Antes de la explicación de esas directrices tan enigmáticas había un pequeño prólogo bajo el título *Ocho escalones*. En él, se explicaban las formas para poder realizar esos extraños viajes a través de lo que parecía ser un rito en el que se practicaban sacrificios de inocentes. Tras ese rito, presumiblemente podías transportarte a otro lugar, repleto este de una luz verde que lo envolvía todo. En la solapa del libro encontré escrito a lápiz lo que parecía un mensaje de despedida. Decía así: “Lo primero y último”. Curioso mensaje que tampoco aclaraba especialmente la situación por la que finalmente había resuelto dejar nuestro mundo, si en realidad era él el que lo había decidido. Junto al prólogo y los relatos sobre aquellos viajes, pudimos encontrar cierta relación, o al menos eso llegué a creer.

En un primer momento, este suicidio parecía haber sido en realidad un asesinato, llevado a cabo por un ajuste de cuentas o por un loco, vete a saber. Donde el escenario del crimen se hubiese convertido el lugar de un divertido entretenimiento. Era evidente que un hombre no podía colgarse del cuello tras extraerse los ojos, dejándolos en los zapatos para después continuar con su macabra misión.

La imposibilidad de que fuese un suicidio, junto al descubrimiento de aquel libro, hizo que Mario y yo valorásemos la pertenencia de este sujeto a algún tipo de culto que tan de moda estaba últimamente en la clase alta de la sociedad.

¿Por qué puede atribuirse a este tipo de sociedades? Verás, en el mismo cajón donde encontramos el cuaderno, descubrimos recortes del diario *La Nau*. Todos los artículos estaban relacionados con desapariciones de niños y posibles rituales que podían realizarse por parte de sociedades secretas. Además, hacía unos meses me había llegado información sobre reuniones clandestinas en salones privados de *La Sociedad Barcelonesa Propagadora del Espiritismo*, que, aunque parecía extinta, al parecer, continuaba llevando a cabo sus reuniones en la ciudad condal.

Para que sepas de qué hablo y puedas tú, con tus conocimientos, extraer tus propias conclusiones, adjunto a continuación una transcripción del prólogo de ese libro, esperando que puedas dilucidar de qué va todo este asunto.

Prologo:

“Aquí reside el secreto para comprender la realidad que nos envuelve. Los sentidos humanos, tan ciegos y sordos, son incapaces de percibir la ranura de la puerta que puede trasladarte a un mundo nuevo, diferente y lleno de oportunidades donde existe la posibilidad de encontrar la verdad. Pero ¿de qué trata esa verdad que con tanta devoción hemos perseguido los Buscadores desde hace décadas?... Finalmente, y a través de los incontables estudios llevados a cabo, este ritual de ocho escalones nos ha sido revelado con una única finalidad, contactar con Baal.”

Como ves, habla de buscadores, y ese detalle es crucial (desde nuestro punto de vista) para establecer que un grupúsculo o sociedad, de alguna manera, forma parte de toda esta historia.

El prólogo sigue así:

“Abrir, entrar, buscar, encontrar, volver, salir, cerrar, cambiar. Si consigues ascender esos escalones, consigues convertirte y así conocer el mundo real que envuelve nuestras mentes, las cuales no son capaces de advertir lo que nuestros ojos humanos no están preparados para percibir: Esa es la luz que domina el mundo. Comencemos, pues, el primer escalón de los ocho y abramos juntos la puerta.”

En el anterior párrafo se habla de escalones que parecen ser los pasos necesarios para conseguir cruzar un umbral y realizar esos viajes, que, según este texto, hay que abrir con la ayuda del inocente.

He ahí la conexión de la que te hablo, y que podría inmiscuir a más personas. Porque cuando se habla de juntos y buscadores, sin lugar a duda se está refiriendo a que hay más individuos involucrados. En un principio pensé que quizás todo este asunto se les había ido de las manos después de tomar en exceso algún tipo de droga liberadora, como podía ser la cocaína o morfina, utilizada por algunas sociedades para ayudarse a romper con la realidad conocida. Quizás pienses que deliro; de hecho, amigo mío, yo lo pienso también. Aun así, creo sinceramente que este suicidio está relacionado directamente con una sociedad, en concreto una a la que Mario y yo llamamos, como no podía ser de otra manera, Buscadores, los cuales parecerían rendir culto a una especie de ser llamado Baal.

Seguramente, te preguntarás a estas alturas cómo es posible que tu querido amigo, tan incrédulo en todo aquello que atañe a lo desconocido, haya acabado metido en este asunto y te hable ahora de una sociedad secreta y una deidad desconocida. He de decirte que, tras interrogar ese mismo día a la señora que descubrió el cuerpo, encargada de la limpieza y cuidado de ese hombre llamado Álvaro, pudimos averiguar algo que nos ayudó a esclarecer los hechos. Dentro del interrogatorio hubo respuestas que te resumo acto seguido, para que compruebes que lo que he comentado anteriormente no es mera especulación. Tras preguntarle a esta mujer sobre las amistades que pudiera tener el tal Álvaro y después de que esta se recuperara del encuentro tan dantesco que presencié, nos explicó con sumo detalle cuestiones capitales que nos ayudaron a conocer mejor al individuo en cuestión.

A continuación, te expongo una transcripción de lo más importante de la declaración de la asistente del Sr. Álvaro Romeu, la señora Mercedes Puig:

“Discúlpeme, pero con mi edad, que ya ronda los sesenta años, este incidente casi acaba con mi vida. Menudo susto me llevé. Ah, sí, me preguntaban por sus amistades o relaciones. En efecto, el señor Álvaro es un hombre muy atento, quiero decir, era. Llevo siete años sirviéndole y jamás he tenido ningún problema. Era muy reservado con sus cosas, callado, pero también considerado. Como les diría, es cierto que nunca he conocido a alguna amiga o novia del señor y que yo sepa, jamás ha estado casado. Dios santo, ¿cómo ha podido hacer algo así? En fin, como les decía, en la casa jamás había visitas. Se iba a primera hora y venía a última. Trabajaba durante todo el día como un condenado en esa zapatería de la calle Aribau que su padre abrió hace décadas y donde vendía los zapatos más caros de la ciudad. Imagino que los clientes del señor debían ser de los más distinguidos, aunque como era tan reservado nunca comentaba nada sobre ellos. Todo parecía normal; quizás, lo único que me ha resultado extraño durante tanto tiempo es lo que me insinuó una conocida hace ya unos meses.

Al parecer, algún sábado, bien entrada la noche, se habían acercado a la zapatería unas cuantas personas que picaban a la puerta hasta que alguien les abría, y todo esto, por supuesto, fuera de horario. Resulta que no puedo asegurarlo ni desmentirlo, porque los sábados mi horario acababa a las tres de la tarde. También he de avisarles que esa información venía de una conocida que trabaja limpiando hasta bien entrada la noche en una cafetería que se encontraba justo en frente de la zapatería y he de avisarles que ella solía exagerar casi siempre.”

Cómo ves, la señora Puig nos dio una pista fantástica al hablarnos de aquel chisme que una conocida le había contado. Fue suficiente para que nos dirigiéramos a aquella zapatería mientras los operarios del depósito se llevaban al fallecido en la Camella al Hospital Clínic para realizarle la autopsia.

Al llegar a la zapatería y tras forzar el cierre, nos adentramos en ella. En un primer momento no vimos nada raro. El olor a cuero impregnaba todo el local y nos acompañaba en el transcurso de nuestra inspección. Fue después de un rato, removiendo cajas y cajas de suelas y zapatos, cuando observamos que debajo de una alfombra se escondía una puerta.

Tras abrirla, bajamos unas escaleras que nos llevaron a un enorme sótano y, al encender las luces, pudimos observar con incredulidad lo que parecía ser un altar de piedra en el centro mismo. Estuvimos largo rato debatiendo sobre qué función podía tener aquel altar, pero nuestras elucubraciones quedaban única y exclusivamente como conjeturas sin base alguna. Yo estaba bloqueado como hacía tiempo, y fue en aquel instante cuando el horror se adueñó de mí.

Al inspeccionar el lugar detenidamente, encontramos huesos humanos dentro de unas vasijas de arcilla. Huesos, que por su tamaño solo podían pertenecer al de pequeños hombres o quizás niños. En aquel lugar también encontramos pequeñas planchas de piel colgadas. Además, Mario se dio cuenta de que no estaban secas y, sobre todo, fue consciente, alarmándose considerablemente, de que aquella fresca piel seguramente no perteneciera a la

de ningún animal; todo lo contrario, parecía más bien ser piel humana. Mi joven compañero, que conocía mejor que yo la diferencia entre ambas, debido a que su padre era un profesional en el tapizado de sillas, afirmaba que esa piel se resistía mucho menos al estirado, siendo más flexible y fría que la de vaca o cerdo. Aclarando que estaba prácticamente seguro de que en ningún caso pertenecía a alguno de esos animales.

Tras compartir conmigo esa macabra información y después de discutir sobre la posibilidad real de que Mario estuviese en lo cierto, decidimos llevar las pruebas al centro forense para que nos confirmaran o nos negaran tal horrible descubrimiento. He de decirte, amigo mío, que el resultado fue el que no hubiese querido ni por todo el oro del mundo, pues desgraciadamente Mario estaba en lo cierto. Ese hecho lo enturbiaba todo, aún mucho más.

Seguramente, te estés preguntando de dónde salía esa piel y en qué se utilizaba. Esta cuestión la intentamos resolver interrogando a Rosario, la mujer de la limpieza, que le explicó a la señora Mercedes sobre las reuniones que se sucedían en la zapatería por las noches. Ella nos aportó algunos datos muy importantes que nos servirían para dar con una pieza fundamental.

Transcripción de la declaración de Rosario:

“No piensen que me dedico a vigilar a la gente, ni mucho menos, pero en esa zapatería se juntaban una serie de personas de alta cuna, de las cuales algunas pude reconocer. Solían reunirse a unas horas que no eran normales, sobre todo para ser ese tipo de negocio. De hecho, yo acababa los sábados la limpieza sobre las diez de la noche y todavía podías ver algún rezagado que esperaba en la puerta. No entiendo por qué quieren que les explique otra vez este asunto; ya denuncié todo esto a un compañero suyo.”

Nos quedamos de piedra cuando Rosario dijo que había hablado de este asunto con un compañero nuestro. Ella creía que La Liga Regionalista podía estar detrás de esas reuniones, aunque no le cuadraba todo eso con el señor Álvaro, pero pensaba que quizás él había disimulado durante todo este tiempo y en realidad era un opositor del régimen. Nos confirmó lo que ya sospechábamos. Que había denunciado aquello para no acabar salpicada en un momento dado si se acababan descubriendo esas reuniones por parte de la policía. Le insistí en que nos facilitara el nombre del hombre que le había prestado declaración y, aunque en un principio no lo recordó, finalmente le vino a la cabeza. El nombre era Ramón, que con la descripción que hizo y por las fechas en las que testificó no podía ser otro que mi excompañero. Imagínate la cara que se me quedó cuando comprendí que el policía al que hacía referencia Rosario no era otro que él.

Fue entonces cuando decidí ir a verlo para que me aclarase todo aquel asunto. Ya sabes que le gusta ir al Raval a tomar un buen vino y pan con embutido en el Bar Marsella, así es que solo me hizo falta un intento para encontrarlo allí almorzando. En un principio se alegró mucho de verme, pero cuando le expliqué por qué había ido hasta aquel lugar para hablar con él, su rostro cambió por

completo. Intentó disimular como solo él sabía hacerlo, aunque no le sirvió para nada esconder su incomodidad tras tantos años compartiendo experiencias de todo tipo conmigo. Comenzó a sudar, y enrojecido, mientras se secaba la frente con un pañuelo, argumentó que aquella mujer no le pareció muy cuerda. A mí sí que me lo había parecido, así que aproveché para insistir en la declaración de Rosario. Fue entonces cuando me miró fijamente, clavándome sus ojos saltones y azules mientras me cogió del brazo con fuerza, acercándose a mí, pidiéndome imperativamente que olvidara aquel asunto y que no volviera a preguntarle más por aquello. Insistí, pero decidió irse sin decir ni una palabra, solo una mirada más que lanzó sobre mí e hizo que un temor me envolviera junto a un ligero escalofrío. No tuve más remedio que quedarme allí tomando un vino, preguntándome lo que seguramente estás preguntándote tú. ¿Qué tiene que ver Ramón con esa zapatería? ¿Por qué actuaría de esa manera tan dura? ¿Protegía a alguien? Y lo más importante, ¿cómo es posible que no conociera en profundidad a la persona junto a la que había vivido tantos momentos difíciles? Como ves, todo se complicaba a pasos agigantados.

Tras hablarlo en la intimidad con Mario, este me animó efusivamente a que tomáramos la decisión de seguir a Ramón durante un tiempo con la esperanza de que pudiéramos encontrar alguna pista que nos sacara del atolladero. Aún no daba crédito al comportamiento que había tenido Ramón, quedándome claro que no conocía lo suficiente a aquel hombre.

Pasaron los días y no conseguíamos nada más que aguardar a la salida del Bar Marsella y algún alterne horas y horas. Era cierto aquello que había sospechado alguna vez de él sobre lo poco conservador que era respecto al matrimonio a pesar de definirse como un hombre de fe. Las mujeres y el vino, sin lugar a duda, le apasionaban mucho más de lo que yo había llegado a creer.

Tras algunos días de vigilancia, la suerte nos golpeó de repente. Cuando ya acumulábamos demasiadas horas de vigilancia y planteábamos dedicarnos a buscar otra línea de investigación, vimos como un día, de madrugada, Ramón salía de casa y acudía a un casino de acceso restringido para la mayoría de los transeúntes, excepto para las élites. Hablo del Círculo del Liceu, un lugar donde jamás hubiesen dejado entrar a Ramón. Todo aquello no cuadraba y algo podrido se palpaba en el ambiente. Pasaron un par de horas hasta que salió del casino, emprendiendo de nuevo el camino de retorno a su casa.

Al día siguiente, un compañero me dio una noticia terrible. Ramón había matado a su mujer y luego se había volado la tapa de los sesos. Aquel hecho me dejó totalmente consternado, aunque también hizo que me preguntara cómo y por qué había cometido tal locura. Tras darle varias vueltas, Mario insistió en que todo aquello era muy extraño, forjando en mí una duda razonable al insistirme en la increíble casualidad de los acontecimientos. ¿Y si todo este asunto del suicidio y el asesinato de la mujer tenía que ver con mi visita a Ramón y su reunión en el círculo del Liceu? ¿Y si estaba protegiendo a alguien? Estas preguntas me las realizó mientras yo evitaba creerlas, pues todo este asunto me comenzaba a superar. Por si no fuera poco, el comisario, ya sabes, el Conejo, nos reunió a mí y a Mario en su despacho, obligándonos a dejar aquel caso del señor Álvaro como lo

que él aseguraba que era, un suicidio. Aunque estaba muy enfadado, a la vez que nervioso, intenté explicarle que había algo que no cuadraba, pero él no dejó de insistir en que no siguiéramos por ahí, hasta el punto de amenazarnos a ambos con suspendernos de empleo y sueldo. Bastó la pregunta de Mario respecto a los resultados de la clase de piel encontrada y llevada para su evaluación para que entrara en cólera, chillando como un energúmeno e insinuando que era nuestra última oportunidad para revertir la situación. Salimos de allí con el rabo entre las piernas mientras las voces del Conejo traspasaban las paredes, obligando a que los compañeros nos miraran como a unos apesados, entre cuchicheos y risitas.

Pasaron los días y todo volvió a la calma, o eso creía yo. Mario llevaba un tiempo de baja debido a un catarro que se le había complicado y yo fui asignado a tareas administrativas a pesar de que intenté oponerme. De todas maneras, el comisario había dado la orden, así que poco podía hacer ante tal ostracismo. Por suerte, uno de los forenses, con el que tengo una buena relación, me informó de los resultados, confirmando lo que ya creíamos. Me avisó de que había recibido la orden de deshacerse de las pruebas y eliminar los documentos relacionados, además de ser avisado sobre la discreción con la que debía proceder. Si aquel asunto trascendía a la prensa, podía armarse un gran revuelo y eso no le interesaba al régimen.

Decidí ir a ver a Mario, ya que hacía un tiempo que no sabía nada de él. Estuve llamando a su puerta durante un tiempo hasta que una mujer madura y extremadamente atractiva se dirigió a mí. He de decirte que ella me produjo tal admiración que aún recuerdo cómo de embelesado me quedé ante aquellos ojos verdes de mirada felina y labios carnosos, los cuales aguantaban con gran maestría un Cabanas aún por encender. Se presentó como Luisa, una prima de Mario, dándome la noticia de que este había perdido el juicio por completo. Al parecer, había llegado del pueblo hacía tres días para alojarse en la vivienda de su primo mientras encontraba un trabajo que le permitiera obtener algo económico donde vivir. Al llegar a él, la situación en la que se lo había encontrado la había obligado a buscarle un centro donde ingresarlo. Cuando le pregunté dónde se encontraba su primo, ella me explicó que lo había llevado al centro psiquiátrico y allí le habían suministrado una medicación que lo había dejado profundamente relajado. ¿Un psiquiátrico? No entendía nada. Mario llevaba semanas de baja por un resfriado que se le había complicado. ¿Qué tenía que ver eso con un psiquiátrico? Luisa me explicó que cuando lo encontró estaba totalmente ido, que se asustó y, al ver que no mejoraba, avisó a un vecino que le ayudó a llevarlo a ese lugar. Por suerte, Luisa tenía una llave del piso y pudimos entrar en él.

Quería ir a verlo inmediatamente, hablar con él y que me explicara que estaba pasando, pero Luisa me convenció para que fuésemos juntos por la mañana, ya que dadas las horas que eran seguramente no nos dejarían entrar. Estaba agotado, así que accedí a posponerlo y a tomar una copa que ella misma me ofreció. Estuvimos hablando hasta bien entrada la madrugada sobre todo lo que habíamos vivido las últimas semanas su primo y yo; lo del suicidio, el cuadro, el libro, la zapatería y de unas pieles humanas encontradas en el sótano, así como el presunto suicidio de mi excompañero y el asesinato de su mujer. Ella escuchaba atentamente mientras fumaba y tocaba una piedra de su colgante con una

delicadeza que llegó a alarmarme mientras me hipnotizaba con sus hermosos ojos. Entonces, amigo mío, aun yo estando anestesiado por su perfume y consumido por su mirada, acabó cometiendo un error que la delató por completo. Mientras conversábamos y contraponíamos opiniones sobre todas las cuestiones, surgieron también teorías sobre las pieles encontradas en aquel lugar y, como si se tratase de un pensamiento en voz alta, habló sobre la extrañeza de que fueran de niños, preguntándome acto seguido quién más estaba al caso de todo aquel asunto. Por un momento me quedé aturdido, intentando procesar aquel comentario del que ella misma fue consciente, levantándose apresuradamente y ofreciéndome otra copa al instante.

Entonces, le pregunté sobre ello. Ya sabes que en mi vida he realizado innumerables interrogatorios y te puedo asegurar que cuando alguien me miente, lo sé. Comenzó a divagar ante mis insistentes preguntas sobre el porqué de aquella conclusión, evadiéndolas por completo y afirmando que su primo se lo había dicho. ¿Y sabes qué? Apartó la mirada y supe que mentía. No dudé, y antes de que pudiese hacer alguna estupidez, saqué mi pistola Ruby, exigiéndole que me dijera qué había pasado con Mario. Entonces se sentó, miró atentamente su reloj, luego me miró a mí con una tenaz sonrisa y acto seguido comenzó a mover su dedo índice de un lado a otro mientras susurraba —Tic, tac, tic, tac—. Así, sin más, la oscuridad se adueñó de mí.

Me desperté, encontrándome atado a una viga de madera maciza de lo que parecía ser un almacén en penumbra. Mario, al igual que yo, se encontraba justo en una que había frente a mí. En realidad, estaba intentando despertarme con sus llamadas mientras yo, a duras penas, podía hablar. Intentaba desatarse con esfuerzos que apenas conseguían destensar aquellas cuerdas, y yo hacía todo lo posible por recobrar la lucidez. Fue entonces cuando entraron dos hombres con el rostro tapado por unos pañuelos que les cubrían boca y nariz. Tras desatarlo, le cubrieron la cabeza con una bolsa de tela, llevándoselo de aquella oscura y fría estancia hacia lo que yo imaginaba que podían ser sus últimos instantes con vida. Me quedé rígido mientras las lágrimas humedecían mi rostro polvoriento y los pasos se alejaban hasta dejarme totalmente a solas, rogándole a Dios que me ayudara de algún modo para poder salir de allí.

Seguramente, en este preciso momento te estés preguntando qué sucedió inmediatamente después de que se llevaran a Mario. Verás, no sé cuánto tiempo pasó hasta que vinieron a por mí y llevaron a cabo el mismo protocolo, pero me pareció toda una eternidad. Les pregunté por mi compañero, pero no contestaron.

Tras ponerme una bolsa de tela en la cara e impedirme ver el camino, que aparentemente discurría entre diferentes espacios, acabaron dejándome en una silla atado de pies y muñecas. Pasados unos segundos, noté un pinchazo en el antebrazo y al instante comenzó la oscuridad a dar vueltas sobre mí hasta que finalmente volví a perder el conocimiento.

Ahora, querido amigo, te escribo estas últimas frases de todo lo antes narrado, esperando que hayas sido tú el que lo leas, pues he de decirte que no confío en nada ni en nadie. No sé hasta qué punto esta carta podrá burlar el filtraje

del centro y ser solo leída por ti, consiguiendo así mi propósito. Debes saber que mi estancia actual es el psiquiátrico, en el cual me he visto privado de libertad desde el día que desperté.

Al parecer, me encontró la policía desnudo y completamente bañado en sangre mientras deambulaba canturreando palabras sin sentido en plena noche por el barrio gótico. La policía intentó saber a quién pertenecía la sangre, pues yo no padecía ninguna herida de la cual pudiese surgir tal cantidad de ella. Tras insistirme, parece ser que atacué a los policías ferozmente, arrancándole parte de la nariz con mis dientes a uno de ellos. Fui golpeado y reducido, tras lo cual decidieron llevarme directamente al lugar desde donde te escribo hoy. De todo esto, hace unos meses, ya que tras seguir un estricto control y tratamiento han decidido relajar mis condiciones en el centro, permitiéndome poder escribir a algún familiar.

Como ves, he decidido escribirte a ti con esta carta, pues estoy convencido de que algo oscuro pasó aquella noche y sé que solo tú puedes ayudarme a salir de este agujero. Aunque si te decides a tardar mucho, amigo mío, no sé cuánto tiempo podré seguir aguantando esas pesadillas en las que oigo la voz de Mario pedir clemencia mientras me mira de forma acusadora a los ojos. Necesito continuar con la investigación de todo ese turbio asunto que relaciona, sin duda, a personas poderosas con cultos oscuros. Además, no he vuelto a tener noticias de Mario y, por lo que sé, nadie más. Me inquieta la posibilidad de que algo horrible le haya podido suceder.

Sé que lo que te pido suena a locura, pero es todo lo que te puedo decir sobre lo que he vivido, pudiendo asegurarte que no estoy loco, o al menos eso quiero creer. Estoy convencido de que algo terrible se oculta en las sombras de Barcelona y de que solo nosotros podemos desenmascarar a los demonios que habitan en esta ciudad.

Atentamente,

Siempre tu amigo,

Rodrigo Alcántara